

Mensaje 124

Phoenix, Arizona, EE.UU., 6 de septiembre del 2007

Madre Teresa

A Shibendu le caían las lágrimas mientras leía en la revista *Time*, en su número de septiembre del 2007, el reportaje sobre la madre Teresa. Cuando era joven con casi treinta años, hacia finales de los 60, tuvo la suerte de conocer el amor y la energía de la Madre durante un tiempo, mientras ella se comunicaba muy afectuosamente en lengua bengalí. Era imposible localizar ningún “yo” en su ser, tal era la vacuidad, la integridad y la santidad de la Madre.

Este vacío, esta energía, esta inocencia, este silencio, esta ecuanimidad y esta libertad, eran la divinidad que llenaba su ser la cual, haciendo uso de su cuerpo, desarrollaba su sagrada tarea entre los marginados moribundos de Calcuta. No tenía nada en común con los sacerdotes católicos y sus pretensiones y pesada carga de estupideces teológicas.

Debido a su pureza le era imposible abrazar la experiencia de Jesús y de Dios como reflejos condicionados emanados del lavado de cerebro producido por los sistemas de creencias. ¡Ella “experimentaba” la vacuidad y “ausencia” de Dios y de Jesús! La conciencia separativa del hombre se mantiene a sí misma mediante los opuestos y la dicotomía. La experiencia de vacuidad no es la vacuidad presente realmente en su ser. La realidad nunca es una experiencia, ¡es existencia! Su experiencia de vacuidad era justamente lo opuesto a la falsa y amañada experiencia generada por el condicionamiento católico. Y la energía de la conciencia expresaba “lo-que-es”, honesta y humildemente; ¡millones de *pranams* —humbles saludos— para el cuerpo de alguien así. Y ninguna reverencia a la vulgaridad de la vanidad e intereses de la casta sacerdotal y sus “divinas experiencias”. La divinidad se manifiesta cuando todos los prejuicios y paradojas proyectados desde las contaminaciones mentales del pasado han sido completamente erradicados. La divinidad es el gozo de la eternidad, no la carga de experiencias. ¡Lo ilimitado debe seguir siendo incognoscible! ¡No lo profanéis arrastrándolo hasta limitado ámbito de lo conocido y lo desconocido!

La pureza de la conciencia de la Madre trasciende a reverendos, cardenales, arzobispos o Papas, ¡los cuales quizá interpreten su proceso como “crisis de fe” o “ausencia de Dios y de Jesús”! La Madre escribe “Mis rezos pidiendo la unión han desaparecido... ya no rezo más”.

Rezar es perpetuar la división y la dualidad. La divinidad surge cuando la división llega a su fin. No hay oración que pueda atravesar la ilusión, la psique separativa, denominada “yo”. No hay oración que pueda derribar los muros de la prisión de la mente para liberarte —liberar la vida— absoluta e incondicionalmente de ti mismo —la mente—. Cualquier cosa que experimentes mediante la oración no es más que una fantasía del ego. Y todas las fantasías del ego son movimientos hacia la fragmentación, no hacia la vislumbre de Lo-Innombrable, Lo-Inconmensurable.

A pesar de toda su labor ego-negadora, quedaba un ligero vestigio de “yo” en su ser debido al condicionamiento dualista: “Yo y mi idea de Cristo y de Dios”. Esta ilusión la traumatizaba angustiándola, avergonzándola, culpabilizándola y mortificándola. Todo eso es el mecanismo de defensa del “yo”, aunque sea, supuestamente, algo muy “religioso”.

La madre escribió: “Para mí... el silencio y el vacío son tan grandes que miro y no veo... escucho y no oigo.” ¡Gracias a Dios no estaba desconectada del silencio y de la vacuidad, a pesar del lavado de cerebro que sufrió como monja, como pequeña novia de Cristo! Se mantuvo conectada —como yogui— a través de su presencia con la tierra sagrada de Kapilacharya, Patanjali, y Vyasa, en la dimensión sagrada del *Samkhya*, del Yoga y del *Vedanta*.

¡Gloria a la Madre Teresa!